

¿Qué le importaba?

Y él, intentando profundizar el sentimiento de su amada, la dijo:

—¡Oh, Julieta! Júrame que me hablas así por amor...

—¡Te lo juro!—respondió ella.

—¿Sabes?—replicó él.—Sin tu amor no sé lo que sería de mí... Dices que he debido hablarte más pronto, pero ¡es tan duro, cuando se ama, no ser adivinado! Comprendo que eres libre y hubieras podido responderme que no querías ser mía... ¡No te habría hecho el menor reproche... aunque creo que hubiese muerto como se muere cuando no hay aire!... ¡Tienes razón! ¡Se acabó! Y creo también que por la alegría que hoy llena mi corazón consentiré en sufrir otros dolores... ¡Qué feliz, qué feliz!

—¿Es verdad?—interrogó Julieta casi con desvarío.

—¡Oh, sí, es verdad!—repitió Enrique acercando á su pecho aquella querida cabeza.

Y no vió cómo los ojos, los mismos ojos que acababan de mirarle con tanta exaltación, se obscurecían repentinamente con una visión que la pobre mujer quería apartar de su fantasía, porque devolvió el beso á su amante con una pasión que bastaba para quitar á Enrique sus últimos recelos de duda si él los conservaba.

Aquel hombre, á pesar de su edad y sus decep-

ciones, era demasiado joven, demasiado leal y sencillo para sospechar que el movimiento apasionado de Julieta era motivado por un horrible remordimiento que asaltó de repente á su querida.

Sí; porque ella acaba de comprender y de sentir que arrojándose, por una especie de frenesí de caridad, en brazos de Poyanne, no podía olvidar al otro...

VIII

Dualismo.

Cuando salió Enrique de Poyanne con la promesa de una cita para el día siguiente en la casita de Passy, la señora de Tillières experimentó una extraña sensación de calma, esa calma abrumadora que sigue á las explicaciones decisivas.

Vistióse para sus visitas de la tarde, según costumbre, y luego, ya en el carruaje, y después de dar al cochero las señas de la casa de su modista, que la esperaba, sintióse tan llena de tristeza, que hasta la era odioso dedicarse á las pequeñas compras que había proyectado hacer.

Antes que el coche doblase el ángulo del *fau-bourg Saint-Honoré*, Julieta, cambiando el itinerario, dijo á su cochero:

—Id primero al *Bois*, como sabéis... hasta la *Muette*...

Ocurríala muchas veces, en primavera, y cuando el cielo estaba sereno ganar así, para pasear solitariamente, la parte del *Bois* comprendida entre el segundo lago, el hipódromo de Auteuil y el Sena.

Allí se encuentran las avenidas más abandonadas del hermoso bosque parisiense, la contraavenida de la Emperatriz, la que se extiende á lo largo de las fortificaciones, y en lontananza las colinas lejanas de Meudon.

Hacia las tres, la senda reservada á los jinetes está por completo desierta, pues apenas algún personaje escéntrico pasa por ella de vez en cuando; y ancianos, burgueses de los barrios extremos, colegiales en paseo de recreación y otras gentes pacíficas, animan con cierto aspecto de vida provinciana las anchas avenidas y los senderos más angostos.

La señora de Tillières gustaba de pasear por estos últimos, seguida á distancia por su carruaje, y allí, aislada y protegida por los árboles, se entregaba silenciosamente á las sensaciones de la madre naturaleza, tan raras en París.

Veía despuntar las hojas en las ramas, casi transparentes, aquí de una encina que retorcía sus brazos sobre una pelusa, allí de un castaño que sacudía sus ramilletes de flores; otras florecillas brotaban del mullido y verde césped, azuladas verónicas y blancas margaritas; bosquecillos de pinos de

Escocia alzaban su ramaje verde obscuro, entre el cual susurraba el viento lento murmullo que, cerrando los ojos, nos hace creer en la proximidad del Océano; el silbido de la locomotora subía del fondo del valle, y el vago rumor de los carruajes atestiguaba que la vida implacable seguía fatalmente su camino.

Un ensueño invadía á Julieta, ensueño indeterminado, confuso, que se mezclaba en su pensamiento con el encanto de la primavera desplegada alrededor de ella; y aquel sitio, aunque no muy lejos del Arco, parecía un oasis de paz y frescura, tan retirado como el valle más sombrío de su amado país natal.

La paz soñadora: he ahí lo que Julieta anhelaba encontrar en sus paseos solitarios; mas si la señora de Tillières había esperado que aquel paseo produciría en sus nervios la tranquilidad anhelada, ¡cuán lamentable fué su engaño!

A lo largo de las calles y avenidas, sombreadas por el nuevo follaje, vió delante de ella, en vez de pacíficos ensueños, esta inevitable y cruel idea: después de su conferencia con Poyanne, absolutamente, irremediablemente, debía cerrar la puerta de su casa á Raimundo Casal.

Y lo debía por haberlo prometido, sin que Poyanne la relevase de su promesa, y relevarla era aceptarla.

Y lo debía también porque los dos hombres, si

no lo hacía así, encontraríanse tarde ó temprano en la casa, y la idea de la mirada que cambiarían al encontrarse la hacía desfallecer.

Y lo debía, en fin, porque ella era la querida de Poyanne, y quería serle fiel... y ver á Casal, ahora que no podía engañarse á sí misma, era una deslealtad... ¡porque le amaba!

*
* *

¡Sí, le amaba!

Esta evidencia, contra la cual su atormentado espíritu luchaba en vano, se imponía á ella por el dolor casi loco que la producía en aquel momento la idea de separación tan necesaria.

¡Le amaba! ¿Cómo éste no había sido bastante poderoso para inspirarla valentía poco antes en presencia de Poyanne, y pronunciar la frase: «no os amo», que él la pedía?

Pero ella no hubiera podido pronunciar esa frase, que era el rompimiento, porque la sensación del sufrimiento de su amante, sensación poderosa, paralizaba su nuevo amor y sus aspiraciones á la felicidad.

¿Qué desorden insensato de su espíritu la hacía vivir entonces para aquellos dos hombres?

Toda la corriente de su sér íntimo la llevaba hacia uno; mas necesitaba, para llegar á él, abandonar al otro, y esto no podía hacerlo.

Volvió á oír la voz de Enrique, y al oír su voz, la compasión la invadía nuevamente. Mas ¿era esto compasión?

La energía de la existencia personal habíase debilitado súbitamente en ella, y, sin embargo, amaba á Casal.

También le veía á él con sus claras pupilas, su sonrisa, su noble fisonomía, el encanto que emanaba de sus ademanes, y en el cual se había embriagado, sin dudar de ello, minuto por minuto, hasta el punto de que romper con él para siempre era lo mismo que entrar en el secreto y frialdad del sepulcro.

En aquel momento sentía su alma llena de ternura, sus ojos llenos de lágrimas, su corazón lleno del deseo loco de tener á Raimundo cerca de ella, y que le pudiese mirar, y apoyarse en su brazo, y que esto fuese permitido...

La tibia languidez de la atmósfera, el aroma que las flores dejaban en la brisa, la dulzura suave del ambiente, todo excitaba en ella esa especie de sueños que á veces nos encantan y á veces son tan tristes bajo el cielo azul de primavera, y evocaba á Casal para abandonarse al ensueño, y en seguida á Poyanne para resistir desesperada el dualismo inexplicable, casi monstruoso, que la desgarraba el alma.

Agarrábase con toda su fuerza á la fidelidad de su primer amor, que es en las mujeres de cierta

raza como el honor y la absolución de la falta, y se decía:

—¡No! Soy la prometida de Enrique, y me he entregado á él para siempre... Aunque yo fuese indiferente á sus dolores, debería permanecerle fiel, siempre fiel... Si no soy responsable de mis sentimientos, lo soy de mis actos; quiero ser fuerte, y lo seré... porque ¡lo quiero!...

Y procuraba con toda su energía dominar la angustia que la ahogaba, y gustar al mismo tiempo una última dulzura en repetir mentalmente un nombre que hasta entonces no habían pronunciado sus labios.

—¡No veré más á Raimundo!

Después de dos horas de paseo, intentando en vano defraudar, por el movimiento físico, la ansiedad que la devoraba, Julieta concluyó por subir al carruaje, menos fijo su pensamiento flotante en una resolución positiva.

¡No se sentía con fuerzas para decir ella misma á Casal que no quería, que no podía recibirle.

Y como ponerle á la puerta sin explicación era un proceder incalificable, y no merecido, Julieta imaginó pedir á Gabriela de Candale que rogase al joven que no volviera á la casa de la calle Matignon, pretextando que murmuraciones de las gentes, llegadas hasta la señora, de Nançay, habían creado ciertas dificultades entre Julieta y su madre.

Pero no comprendió los inconvenientes de ese

pretexto, sino después de habérselo dicho á su amiga, á cuya casa se hizo conducir desde el *Bois*.

Gabriela, moviendo su rubia cabeza, la dijo:

—Haré lo que quieras... mas ¿creerá en esa razón?

—Que crea ó no—respondió Julieta—comprenderá que no quiero recibirle, y es muy caballero para que intente oponerse.

—¡Te ama!—dijo Gabriela.

—¡No me digas eso!—interrumpió nerviosamente la señora de Tillières.—¡No debes decirme!

—Pero, querida mía, es para indicarte que puedes pedir una explicación...

—¿Y qué?—replicó Julieta con ronca voz.—Le repetiría lo mismo que antes sabrá por ti...

—¿Estás segura de tener suficiente valor?

—¡Ah!—exclamó Julieta ocultándose el rostro con las manos.—¡No crees en mí desde que todo te lo he confesado! ¡Ya no me quieres!

—¿Yo?—gritó la señora de Candale, abrazando á su amiga.—¡Que no creo en tí!, ¡que ya no te quiero! ¡Pero si no he comprendido bien hasta ayer cuánto te amo, Julieta! ¡Si supieses cuánto he pensado en ti la noche última y cómo he temblado ante la idea de tu entrevista con Poyannel... ¿Por qué no he de quererte y estimarte? ¿Por qué mi fatal imprudencia no había adivinado el secreto que te hacía tan rebelde cuando yo te daba un

nuevo amigo?... ¡Porque soy yo quien te lo ha dado!... ¡Ah! Pero al presente... sí... ¡tengo miedo!

Y observando en los ojos de Julieta una angustia infinita, añadió:

—No, no me escuches... ¡estoy local.. Te prometo evitarte esa visita... Él no sospechará la amistad á que te sacrificas, no tendrá celos, y la semana próxima ó la otra marcharemos las dos á Nançay ó á Candale... ¿quieres? Yo te cuidaré como una hermana, te alegraré, te curaré... ¡Pero te suplico que no repitas que te amo menos que antes!

—¡Cuánto bien me haces hablando así!—respondió Julieta.

Y en seguida, reclinando la cabeza en el hombro de su amiga, añadió:

—¡Este es el único lugar del mundo en que no sufro! ¡Tengo tanta necesidad de que me digas que no soy un monstruo!...

Este suspiro, escapado de lo más profundo del alma, de aquella alma que era presa de las obscuras y dolorosas turbaciones morales, debía perpetuarse en los recuerdos de la señora de Candale. ¡Jamás ella pronunciaría una frase parecida á la que su ansiedad la había arrancado momentos antes, y en la que Julieta pudiese adivinar una desconfianza de su carácter!

Mas al prodigar tiernos consuelos de su simpatía á su pobre amiga, en la manera con que pronunció el nombre de Poyanne, en el esfuerzo visi-

ble que la costaban estas sílabas, la pura y altiva Gabriela había herido, sin comprenderlo, el corazón dolorido de su amiga, aquel corazón en el cual todo debía causar daño.

Y aun multiplicando las seguridades que dió á Julieta acerca del éxito feliz de su misión para Casal, no pudo suprimir el efecto de su exclamación primera:

—¿Creerá en esa razón? ¿Pedirá explicaciones?

* * *

La señora de Tillières, en vez de salir de la calle de Tilsitt tranquilizada al menos por la ejecución práctica del plan que ella misma hubo combinado, llegó á su casa en la más lamentable ansiedad, y aun cierta culpable esperanza se deslizó en su espíritu enfermo, que la asustó como un crimen.

Cierto que fué muy sincero su proyecto de no volver á recibir á Casal, y, sin embargo, no pudo impedirse el desear que la primera idea de su amiga se realizara y que el joven intentase celebrar con ella misma una conferencia definitiva.

Experimentaba necesidad irresistible, en la hora de la separación, de estar segura de que él la amaba. ¡Inconsecuencia bien natural en un corazón que no se acepta todo entero!

¿No ocurre muchas veces que dejamos por mo-

tivos extraños al amor, por orgullo, interés ó nobleza, á un sér idolatrado?

La amistad no entra sola en juego en este singular sentimiento; la pasión se muestra con la franqueza de su insensible egoísmo, y Julieta no podía comprender esto sino después de su visita á la señora de Candale, porque se encontraba menos fuerte contra la pasión, por consecuencia de un fenómeno que iba á dominar la cruel oscilación de su alma desamparada y á enloquecerla con muchas y constantes contradicciones.

Combatida, como estaba, por dos sentimientos, el que la unía á Poyanne era incapaz de darla ninguna ventura: ella no pudo soportar que este hombre sufriese por su causa, y para evitarle tanto sufrimiento había resuelto sacrificarse ella misma, en alma y cuerpo; ¡mas ahora veía bien claro que su pensamiento de amor estaba con el otro, con Casall

¿Luego en verdad era un monstruo, como dijo á su amiga en una angustia suprema?

¡Ah! En la mañana del siguiente día, cuando por vez primera desde hacía largo tiempo se dirigió al cuartito de Passy, para encontrarse en él con su amante, ¡qué inexplicable sensación de espanto debía sentir allí, y conservarla días y días!

Era un drama, sin embargo, excesivamente frívolo el que se representaba entre aquellas misteriosas paredes; el mismo drama que diariamente se representa en centenares de alcobas conyugales, en

que las mujeres, teniendo un amor oculto en su corazón, se abandonan por deber á sus maridos, á quien tal vez odian mortalmente.

¿Qué les importa prestar su cuerpo á placeres de que no participan, si tienen al lado la perspectiva de otros placeres prohibidos, pero que les hacen olvidar la anterior sumisión de sus sentidos, odiosa cuando no es por amor?

Hay, sin embargo, mujeres que, aun amando fuera del matrimonio, han querido permanecer fieles á la fe jurada, y no han cedido al amor adúltero, cifrando su orgullo en ocultar á las gentes el estado de su corazón y ocultárselo también al que aman, y continúan siendo esposas sumisas, con el cáncer devorador de esa pasión que las roe hasta lo más profundo de su sér.

Éstas y aquéllas comprenderán, en verdad, el asalto de melancolía de que fué víctima Julieta, antes, durante y después de la cita de Passy.

Ella propuso esta cita, y marchó allá para hacer feliz, ¡á qué precio!, al que la amaba; y el conde la dijo, en el momento de separarse, esta frase que entró como agudo puñal en el corazón de aquella mujer martirizada:

—Repíteme que al venir aquí has venido por ti y no por mí.

—Por mí y por ti—contestó con sonrisa tímida.—
¿Es que separo mi dicha de la tuya? Entonces, ¿qué idea tienes formada?

—¡Ah!—exclamó Poyanne.—¡Es que tu mirada es tan triste! ¡Demasiado conozco á tus ojos!

—Son los ojos de una amiga enferma—replicó graciosamente, con esa gracia resignada de los seres que sufren y no pueden luchar.—Pero esto no es nada... ¿Cuándo volveré á veros? ¿Mañana? ¿Queréis ir á las dos á la calle Matignón?

—Convenido—dijo Poyanne, atrayéndola hacia él con ademán acariciador.—Tenéis razón: soy molesto, maniático, insensato... ¿Si no me amaseis, estaríais aquí? ¡Perdonadme!

—¿Perdonarle?—pensaba Julieta en el coche que la conducía á su casa minutos después.—¡Pobre amigo, y tan delicado! Es menester que no dude jamás de mí... ¡Le debo esto!... Mi vida es suya por completo, porque ante mi conciencia, él es mi esposo. ¡Qué pena tengo en ocultarle lo que siento!... Y es que él me ama. ¡Cuánto me ama!

Y en seguida, á pesar suyo, volvía su mente hacia la imagen del otro... y se acordaba de Casal.

—Él también me ama—se decía—ó cree amarme... Pero en quince días olvidará estas semanas de dulce intimidad, y volverá á emprender su vida de disipación... Cuando se pronuncie mi nombre delante de él, se dirá: «¡Ah, sí!... La señora de Tillières, á quien empecé á hacer la corte... y luego su madre impidió que la continuase... ¡Vamos, asunto concluído!...» ¿Y mi ensueño de adquirir sobre él una influencia salvadora, de sacarle de su

vida de crápula, de hacerle comprender lo que valía, de impedir que cayera más abajo?... Por lo menos le hubiera demostrado que existen aún mujeres honradas que no se dejan decir lo que no deben escuchar... Ha sido él tan sencillo, tan perfecto para mí! .. ¿Mujeres honradas?... ¡Dios mío! ¡Si él supiese!...

Y sintióse ruborizar bajo su velo, y en el rincón del *fiacre* clandestino, al formular esta idea.

—¡No, no podré explicárselo! Sin embargo, si Enrique hubiese sido libre, no tendría una sola palabra que decir contra mí, y la que hago me lo prueba á mí misma... ¡Esto debe bastar!

Y repetía á menudo tales frases y otras parecidas.

¡No llegaba á vencer la especie de obsesión que ahora la obligaba á pensar en Casal, en un relámpago de visión íntima y tan intensa como la misma realidad!

Y aunque intentaba demostrarse que sus relaciones con el joven estaban rotas para siempre y que ella debía olvidarle, toda su fuerza de imaginación no estuvo ocupada al acercarse el instante en que él debía ir á la calle de Tilsitt, llamado por Gabriela, sino en representar sus hechos y sus ademanes.

—¡Las doce! Vuelve del *Bois*, y encontrará la carta de mi amiga... si no la ha recibido ya esta mañana... y se pregunta qué tendrá que decirle...

Tal vez creará que se trata de arreglar el paseo fluvial proyectado para la otra semana, á bordo del yacht de su amigo lord Herbert.

Mas el recuerdo de ese proyecto desvanecido, toda una decoración de agua azul, cielo claro, colinas verdes, se pintaba en la fantasía de la señora de Tillières, y también las horas de lenta y dulce conversación se pintaban en su fantasía, como el uniforme movimiento del barco de vapor que se desliza con la corriente del río.

—¿En qué piensas?—la preguntó su madre, sentada enfrente de ella, á la mesa del almuerzo.—¿Tienes algún pesar?

—¡Qué idea, mi querida mamá!—respondió estremeciéndose, como si los claros ojos de la anciana leyesen en su corazón.

Y vanamente se esforzó por sonreír, lisonjeando la sutil perspicacia de su madre, quien movía su cabeza blanca, observando cómo había cambiado el rostro de su hija.

¿Qué enfermedad misteriosa había castigado aquellos párpados, en los que se adivinaba el insomnio? ¿Julieta alimentaría en secreto algún desgraciado sentimiento?

Porque la noble, la piadosa señora de Nançay era incapaz de sospechar en su hija una falta ó un remordimiento, como habría sido incapaz de consolarse si hubiese adivinado la verdad.

Y precisamente esta confianza absoluta de su

madre era también un dolor para Julieta en aquel instante en que heridas tan hondas tenía en su corazón.

Con la mirada fija en el reloj, entregábase al cálculo devorador de los minutos, de los segundos en que, no pudiendo estar al lado de los que amamos, vivir su vida, compartir sus sensaciones, nos asociamos desde lejos á ellos.

—¡La una y media!... Ahora está en la calle de Tilsitt, y Gabriela le recibe en el piso principal, en aquel saloncito que debe recordarle tantas horas de dulzura. ¡Ay, ya no volverán!... Le habla... Dios mío! ¿Si creará él que yo tengo miedo de hablarle? No: creará que eso es, sencillamente, un signo de indiferencia... Pero ya escucha... ¿Quién sabe? Tal vez lo que Gabriela le dice es cosa de juego para él, y no le importa... ¡Ah, no! Porque él me amaba, y no me lo ha dicho... por respeto... ¡Qué delicadeza en su corazón! ¿Qué será de él ahora? ¡Ah, qué duro es esto!...

Y después de tantas meditaciones inconscientes, añadió con brusco sobresalto:

—¡Las dos y media! ¡Todo se acabó!... Con tal que Gabriela no haya tenido otras visitas y pueda venir en seguida á contármelo todo... Pero... llaman... abren ya... no puede ser ella...

La señora de Tillières había tenido la precaución, en efecto, de cerrar su casa para todos, menos para Gabriela, y estuvo á punto de desmayar-

se cuando el ayuda de cámara introdujo á la persona que había llamado en la puerta.

Delante de ella estaba el mismo Casal.

Julieta se había levantado para lanzarse al encuentro de Gabriela, y el aturdimiento que la embargó con la presencia inesperada de aquel hombre fué tan violento, que tuvo que volver á sentarse.

A pesar de su costumbre de dominarse, y por grande que fuera su interés por disimular su turbación, palidecía, y después se ruborizaba, y su voz se detenía en la agitada garganta.

Y en medio de tanta emoción sintió profunda dulzura al ver que Casal estaba tan conmovido como ella misma...

Si Julieta se había imaginado que él desempeñaba una comedia de sentimiento, la actitud del joven en tal instante la hubiera probado lo contrario: aquel parisiense curtido en lances de amor, en todas las experiencias galantes, reflejaba la turbación de un joven que tiene miedo de su propia audacia, y que teme desagradar ó herir, más que esperanza en el éxito...

—Perdonadme, señora—dijo, después de un rato de silencio—si me he permitido forzar la puerta de vuestra casa, tomando el nombre de la señora de Candale... Llego de su casa en este momento y tengo que hablaros en seguida... y quizá sea bastante para explicar, si no justificar, mi indiscreción... Pero si deseáis que me retire y que difiera

esta entrevista hasta el instante en que vos queráis, estoy pronto á obedeceros...

Y hablaba con voz sumisa, casi con timidez.

La señora de Tillières había tenido tiempo de reponerse y fuerzas para mirarle, y ya fuera que su actitud la conmoviese, ya que ella no quisiera aparentar que temía aquella entrevista, ó bien cediendo á la atracción de la presencia, lo cierto que no procedió como debía para corresponder á la lógica de su anterior resolución.

¡Era tan sencillo contestarle: «Gabriela os habrá dicho todo lo que yo misma os diría!»

Y añadir una frase que reprobara la visita de Casal, de manera que fuese imposible repetirla en lo sucesivo...

Pero en vez de esto respondió al joven con una frase frívola, y aun peligrosa, diciéndole:

—¡Dios mío! Caballero, confieso que después de lo que os habrá dicho Gabriela no os esperaba; pero no hay razón para rehusar escucharos y contestaros, si se trata, como creo, de la comisión delicada que yo había confiado á Gabriela...

—Sí, señora—replicó el joven sentándose, y con acento cada vez más firme—lo habéis adivinado: se trata de eso, y en primer lugar, permitidme repetiros la respuesta que he dado á la condesa... No tenéis que temer ninguna resistencia por mi parte desde el instante en que expresáis un deseo como el que me ha transmitido; comprendo

los escrúpulos á que obedecéis, y por duros que puedan ser para mí, los apruebo, y os doy mi palabra de que esta visita será la última, si perseveráis en vuestra decisión después de haberme oído; nada tendría que deciros, señora, si la culpa no fuese evidentemente mía, que no he sabido haceros apreciar el grado de mi respeto, de mi culto por vos... pero hubiera deseado que me hablaseis vos misma, en vez de emplear una tercera persona, aunque ésta sea la señora de Candale, y así me habríais evitado mi indiscreción de hace un momento, porque os hubiera dicho al punto lo que deseaba deciros hace días...

—Pues bien—replicó Julieta sonriendo;—yo he tenido la culpa... pero, ya véis, estaba y aun estoy algo enferma... y esta conversación era penosa para vos, y, ¿por qué no confesarlo?, también penosa para mí... Hay cosas muy duras para decirlas á un hombre que no las ha merecido; pero ya conocéis á mi madre, y sabéis que no pertenece á esta época, á estas costumbres, y adivináis lo que son para ella las más insignificantes palabras de la maledicencia... y como comprenderéis, no tengo el derecho de entrar en discusión con ella... No veáis, por lo tanto, en este asunto, ninguna ofensa personal... y dentro de seis meses, ó de un año, os recibiré de nuevo como hoy, con mucha estimación y muy verdadera simpatía.

—Todo eso es irrefutable—respondió Raimundo,

inclinándose—y repito, señora, que acepto vuestra resolución; sólo que me permitiréis añadir algunas palabras... Hablándome como vos me habláis, os habéis dirigido al Casal oficial, al caballero que os ha sido presentado hace dos meses, que os visitaba, como á la señora de Candale, como á la señora de Arcole, como á otras cien señoras; pero ¿diríais lo mismo si la persona á quien tratáis como conocido viniese á deciros: «Desde que os conozco, señora, mi vida ha cambiado absolutamente?» No tenía ningún objeto, y ahora tiene uno; me creía hastiado, sin corazón, ó bien incapaz de sentimiento profundo, y ahora experimento uno; aceptaba la sentencia fatal de envejecer, como tantos otros camaradas, entre el club y las carreras de caballos, sin más interés que matar los días, unos después de otros, á través de lo que hemos convenido en llamar placer, y ahora veo delante de mí el más serio, el más hondo, el más apasionado interés... Entre lo que era la noche en que estuve sentado cerca de vos, á la mesa de la señora de Candale, y lo que soy ahora, hay un amor que jamás había imaginado ni sentido, un amor forjado por el respeto y la abnegación tanto como por la pasión, y esto es lo que quiero que sepáis, para tener el derecho de deciros: cuando os trajera, dentro de seis meses, el mismo corazón, lleno del mismo amor, y os pidiese que aceptaseis mi nombre y mi mano, ¿me responderéis ciertamente: «No?»

Desde el momento en que el joven había empezado á hablar, la señora de Tillières esperaba que la dijese: «Os amo;» y se había preparado á recibir esta declaración, sin perjuicio de indignarse si Raimundo se expresaba en términos demasiado vivos.

Pero no sospechaba que el joven Casal pudiese tener al servicio de su pasión palabras de tan acariciadora delicadeza ni que hubiese podido concebir tal proyecto de casamiento, opuesto en absoluto á lo que ella sabía de su carácter y de su pasado.

Y ese ofrecimiento, expresado en tales términos y por un hombre como él, constituía una prueba más fuerte que todas las protestas en favor del sentimiento que la señora de Tillières había sabido inspirar á Casal...

Y ella conoció que su voluntad se disolvía en un desfallecimiento culpable que atravesó rápidamente, como un relámpago en vasto paisaje, el recuerdo de Poyanne.

¡Vestía aún su traje de la cita en Passy!

Y comprendió, con el terror que la daba la doble sensación de su ternura actual y de aquella cita tan reciente, que estaba perdida sin remedio no levantando una barrera infranqueable entre ella y el que poseía el poder de removerla de tal suerte.

¿Por qué no se produjo entonces en su espíritu un movimiento de entera franqueza? ¿Por qué no confesó á Casal que ella no era libre?

¡Cuántas desgracias habría evitado á ella misma y á los otros!

Pero esas confesiones, que muchas veces entorpecen y aun detienen perpetuamente las esperanzas de un hombre, aunque esté muy enamorado por la sublimidad de su leal valor, las mujeres no las hacen sino á personas que les interesan muy poco; á las demás prefieren ocultarlas á toda costa sus faltas...

Y entonces sobresalen en inventar alguna disculpa romancesca que las proteja y á la vez las corone de casta aureola; y esto es lo que hizo Julieta, respondiendo:

—Bien veis que os he escuchado hasta el fin, aunque tenía el derecho de interrumpiros desde vuestras primeras palabras... Os responderé claramente. He jurado, en una circunstancia solemne, que si tenía la desgracia de quedarme viuda, jamás volvería á casarme... Y este juramento, prestado libremente por mí, le mantendré...

Más tarde debía experimentar el remordimiento de esa mentira que se relacionaba con el recuerdo de su marido; porque ¿á quién podía ella haber hecho tal juramento sino á Roger de Tillières cuando éste marchó á la guerra de 1870?

Y no era oportuno, para su habitual delicadeza, mezclar semejante recuerdo en aquella conversación; pero Julieta no tenía, como ahora se dice, la elección de los medios; tratábase, ante todo, de no

poner á Casal en la pista de sus íntimas relaciones con Enrique de Poyanne.

¡Éste era el más temible de los peligros en la situación falsa en que se había colocado!

El joven fué á la calle Matignón con la certidumbre de que era amado, y no dudaba de que la ruptura que le anunció la señora de Candale era un pretexto, porque la conducta de Julieta parecía dirigida por estos dos hechos: el primero, que ella se interesaba por él con pasión; el segundo, que combatía esta pasión por la desconfianza que la produjo d'Avançon desde el día siguiente de su encuentro.

Él no había supuesto que Julieta contestaría francamente á su declaración, sino que esperaba una frase de consuelo en su crisis de sentimentalismo exaltado que le bastase para soportar la ausencia y el destierro, según estas palabras:

—Volved dentro de seis meses, y sólo entonces os hablaré.

Y él había contado ya con la ocupación de esos seis meses, que pensaba pasarlos en el mar con su amigo Herbert Bohun, y estaba seguro de volver después con el mismo amor en el corazón y las mismas frases en los labios...

La idea de casarse con la señora de Tillières había germinado en él día por día, surgiendo de la convicción de que aquella mujer no tenía, no tendría nunca, no podría tener un amante; y también

de la convicción de que él, Raimundo Casal, no había sentido nunca, ni sentiría en lo sucesivo, lo que entonces sentía por Julieta.

No obstante, conservaba ese tacto particular que hace que un hombre comprenda en cuál momento debe insistir y en cuál otro aparentar que cede... y aunque tuvo la sagacidad de apercibirse en seguida de la turbación de Julieta, la tuvo también para convencerse de que esa turbación se cambiaría en rebeldía si él intentaba luchar contra ella...

Los hombres habituados á las aventuras amorosas y que han reflexionado seriamente sobre el amor, aseméjense á soldados viejos que, impertérritos, maniobran con precisión admirable, aun bajo el fuego del enemigo.

—Entonces, señora—dijo levantándose;—puesto que es así, sólo me resta despedirme de vos para siempre... ¡Ya sé lo que tengo que hacer ahora!

Ella también se había levantado, y sus desgraciados nervios estaban tan conmovidos, y su pensamiento sujeto á tanta tirantez, que entrevió en las palabras del joven una resolución funesta, y exclamó casi involuntariamente:

—¿Qué? No os partiréis de aquí sin haberme jurado...

—¿Que no me mataré?—interrumpió Casal con alguna ironía.—No, no tengáis miedo de cargar mi muerte sobre la conciencia... Sencillamente he

querido decir que recobraré en el acto mi antiguo modo de vivir; ese modo de vivir me divertía algo, y ahora me divertirá menos, pero me ayudará á olvidaros...

Y en seguida, fijando en ella su mirada, que entonces era dura, añadió:

—No juguéis nunca, señora, con el corazón de un hombre, aunque se os haya dicho mucho malo de ese hombre; en primer lugar, porque tal juego no es leal, y en segundo, porque arriesgáis tropezar con alguno que tuviere el propósito de vengarse el día en que se apercibiera de ello... Os lo afirmo; todo el mundo no me importa nada, aunque piensen de mí otra cosa vuestros amigos...

—¡Yo!—gritó ella.—¡Yo he jugado con vos!

Y repitió dos veces con acento apagado:

—¡Yo he jugado con vos! ¡Ah! ¡No lo creéis así! ¡No podéis creerlo!...

Y habíase acercado á él en pronunciando esas palabras, y Casal la tomó una mano que ella no retiró.

Ardía de fiebre aquella pequeña mano que Raimundo estrechaba entre las suyas; y en seguida el joven atrajo hacia sí á Julieta, sin que ésta se defendiese, porque sus fuerzas se agotaban, y en el instante de separarse de él para siempre su valor habitual la hacía traición.

—¡No, no!—se atrevió Casal á murmurar con voz penetrante y apasionada.—¡No habéis jugado

con mi corazón! ¡Habéis sido sincera desde nuestra primera entrevista hasta hoy!... ¿Y sabéis lo que esto significa? ¡Ah! Permitidme que os lo diga. Vos, que queréis luchar contra la evidencia; vos, que habéis adivinado mi sentimiento... vos, señora, me amáis... ¡No me contestéis! Me amáis... Lo he comprendido así muchas veces en las últimas semanas, y también ahora mismo al entrar aquí... y en este momento lo conozco, lo comprendo claramente, después de haber dudado... ¡Perdonadme Pero dejad que os lo repita: ¡nos amamos! Adivino á quién y en qué momento habéis jurado no volver á casaros más. ¿Qué pueden contra la pasión promesas de niña? No se tiene el derecho de jurar que no se vivirá, que no se respirará, que se cerrará el alma para siempre á la luz, al amor...

Estas frases, muy semejantes á las que todos los enamorados pronuncian en casos parecidos, las dijo Raimundo en voz dulce y baja, casi tocando su rostro al rostro de Julieta.

Y la atrajo más hacia él, y sintió que la cabeza de la joven se abandonaba sobre su hombro.

Inclinóse para darla un beso... y se contuvo por temor: ella tenía los ojos cerrados y estaba más blanca que una muerta.

El exceso de la emoción la había desvanecido.

Casal la levantó en sus brazos, la reclinó en la *chaise longue*, y asombrado de su palidez, buscó un frasco de sales.